

LIBROS EN LOS MONASTERIOS: PRODUCCIÓN Y CONSUMO

Antonio Linage

Correspondiente de la Real Academia de Alfonso X el Sabio de Murcia.

Hálldor Kiljan Laxness. In memoriam.

Resumen: Se destaca la importancia del libro en el ámbito de la vida monástica, su producción y consumo desde los orígenes del monacato hasta la Alta Edad Media. Plantea el autor variados aspectos codicológicos con referencias a los códices más significativos y a los escritorios monásticos donde se elaboraron. Se expone el paralelismo existente entre la producción de códices y sus distintas corrientes y la propia historia monástica a través de la letra y la ornamentación así, como, las influencias y las conexiones existentes entre los más singulares centros de producción.

Palabras clave: Monasterio medieval; escritorios monásticos; monacato; producción de códices; consumo de libros.

Title: THE FEMALE COMPONENT WITHIN MEXICAN BIBLIOTECOLOGY TEACHING STAFF: PRESENCE AND PROFESSIONAL DEVELOPMENT.

Abstract: This paper highlights the value of books in monastic life, with an overview of book's production and consumption from the origins of monasticism to the late Middle Ages. The author focuses on various codex-related issues, surveying the most relevant codices and the monastery scriptoriums where they were produced. The parallelisms between codex production and the different approaches to it are also dealt with, as well as monastic life itself, through an analysis of script and decoration, together with the inflows and relationships among the most singular production centres.

Keywords: Medieval monastery; monastic scriptoriums; monasticism; codex production; book consumption.

LOS MONJES Y EL ESTUDIO

De un benedictino erudito de nuestros días, que había dejado su monasterio antiguo para emprender un ensayo de vida monástica simplificada- un camino por cierto muy difundido en el monacato de nuestro siglo, y entre sus intelectuales también; ahí está, por ejemplo, el caso de dom David Knowles-, oí le acababa por convencer más la azada que la pluma. ¿Dos caminos, sendas herramientas incompatibles? No necesariamente. Pero es lo cierto que la valoración monástica del papel del estudio, y en consecuencia de su vehículo ante todo librario, ha sido muy diversa según las mentalidades de cada persona, comunidad o ambiente. Cuando dom Próspero Guéranger restauró la vida benedictina francesa en Solesmes, hizo del trabajo intelectual uno de los pilares de su ideal cenobítico. En cambio, uno de los abades que le sucedieron con más perennidad en la acuñación de la casa, dom Delatte, tuvo y puso en práctica sus reservas a ese propósito, habiéndose a la larga podido decir, incluso en virtud de ello, que el espíritu de dom Guéranger estaba más presente en la fundación posterior de Ligugé que en su propia abadía. Sin embargo, a un monje de Solesmes, dom Jacques Hourlier, le leímos ponderar la ascesis que el cultivo del intelecto

lleva consigo y el enriquecimiento de alma que de él se deriva. Mas la polémica ha estado servida siempre. Recordemos el debate de Mabillon y Rancé. ¿Y qué decir de Cluny y Cîteaux? Buen botón de muestra este último caso para ponernos en guardia contra las simplificaciones. Pues en contra de lo que uno habría podido suponer, casi traumatizada la visión por la austeridad plástica cisterciense, dom Jean Leclercq ha tenido que vindicar a Cluny de haber sido enemiga de la cultura, mientras que una ojeada somera a la Biblioteca Municipal de Dijon nos basta para comprender la devoción al libro- y también hermoso- que había en los primeros cistercienses. Y es que, si genéricamente el mundo es complicado y el hombre un ser complejo, también específicamente el monje en su monasterio. Teniendo nosotros argumentalmente ahora a este respecto uno de los dilemas de su prueba.

EL VALOR RELIGIOSO Y MONÁSTICO DEL LIBRO

El cristianismo, como su matriz judía, es una religión de libro. Del Islam, que entronca con Abrahán y reconoce a Jesús por el profeta nacido de una virgen, se ha dicho ser de un libro y de muchos libros. También para aquél, esta apostilla pluralizadora es inevitable. En y desde el pleno grafismo no sólo de su revelación¹ sino también del mejor conocimiento de la misma. Un conocimiento en alguna manera ligado a la contemplación, esa coordinada espiritual hacia la cual el monacato se polariza un tanto. De las religiones ajenas a nuestro monoteísmo y sus cenobitas y solitarios no vamos a decir nada. Pero sí recordar meramente de pasada lo lingüísticamente variopinto de la transmisión de su mensaje. Por otra parte, no estará de más traer a colación cómo estas estimaciones concretas de que decimos entroncan con un acervo de creencias mucho más difuso aún, el origen divino de la misma escritura, los supuestos poderes mágicos de los libros² y la consideración de los mismos como seres vivos - adivinación, revelación de lo oculto, don de consejo, vertiente mística-, la visión iniciática de su aprendizaje, llegando incluso a la noción de una religión nueva en los pueblos primitivos. De ahí hasta la creencia islámica de haber inventado la escritura el mismo Dios, asumida en consecuencia la judía del carácter divino de los libros revelados, de un entronque fácil de establecer con las mentalidades mesopotámica, egipcia y brahmánica, con ecos en los mitos irlandeses y escandinavos³. Y no creemos escandalizar si llegados aquí traemos a colación la basílica de San Félix que Paulino construyó en Nola, de tres naves, separadas por cortinas, de las cuales la de la derecha estaba ocupada por el utillaje litúrgico y por los libros la de la izquierda, con una inscripción justificativa, a saber *Si quem sancta tenet meditando in lege voluntas/ hic poterit residens sacris intendere libris*.

Así las cosas, una metáfora bíblica compara la lengua del que canta las alabanzas del Señor a la pluma del escriba veloz. Valedera la imagen sólo desde la óptica de su entusiasmo animador. No más allá. Pues tanto la transmisión textual de la propia Sagrada

¹ Recapitemos en que la oralidad habría implicado una necesidad de la renovación de la inspiración divina en cada generación. En cambio, pese a las apariencias, en el Derecho Canónico, la valoración de la costumbre atenúa la ineludibilidad gráfica. Sin embargo, tengamos en cuenta cómo el que podríamos llamar “notariado monástico” es una fuente historiográfica casi única para períodos y territorios bastante extensos en la Edad Media, por ejemplo los estados occidentales de la Península Ibérica.

² Notemos el título del libro de Alfred Bertholet, *Die Macht der Schrift in Glauben und Aberglauben* (1949).

³ No tanto en Grecia, salvo cuando se interpone la influencia oriental, como entre los pitagóricos.

Escritura como la elaboración literaria y libraria de su rumiación, en una buena medida, mayoritaria incluso, claustral la última, han tenido que ser forzosamente lentas, teniendo en cuenta las exigencias de la confección de los libros anteriores a la imprenta, por no decir ya del ordenador.

EL LIBRO DEL ABAD Y DE LA REGLA

Volvamos la vista atrás, al monacato latino prebenedictino. Cada monasterio se regía entonces, no por una regla única, sino por una miscelánea de ellas o de fragmentos suyos. No pudiendo ser más significativo que ese régimen de la *regula mixta* se llame también de un libro sin más, el del *codex regularum*, o sea el código del abad. Después, cuando la novedosa benedictinización implicó el monopolio de la norma casinense, será ésta, o sea un libro también, la Regla de San Benito, el único pero bastante lazo de unión de los monasterios benedictinizados pero entre sí independientes, habiéndose creado por lo tanto una fraternidad basada en una obra literaria⁴. Y por eso la coincidencia de las conquistas de los caminos monásticos de la misma con los de la codicología⁵ y la paleografía⁶.

Un ejemplo a cual más revelador: uno de los reductos monásticamente arcaicos reacio a benedictinizarse es el céltico de Irlanda, y justamente coincide con el de la letra insular, allí dominante entre los años 500 y 1000, pero desde el 597 en alguna competencia con la uncial, que habían importado los misioneros romanos y acabó dominando en la vecina Inglaterra, en paralelo con la apoteosis benedictina de esta parte de la Gran Bretaña. Un particularismo igualmente correlativo al del estilo también isleño de las ilustraciones, sobre todo en las mayúsculas ornamentadas, tal las del *Libro de Kells*, a fines del siglo VII⁷.

LOS OTROS LIBROS CARDINALES DEL CLAUSTRO

Pero hemos de concretar y desarrollar más, ya desde estos liminares, el papel⁸ del libro⁹ en la vida monástica¹⁰. Porque, la Biblia era la base de toda una literatura exegética,

⁴ Y, a propósito de Qûmran, ¿no podemos ver una cierta dimensión simbólica en las consecuencias de su hallazgo, demasiado librario?

⁵ Seguido por nosotros en *Los orígenes del monacato benedictino en la Península Ibérica* (León, 1973); es preciso rehabilitar la obra, tan vapuleada injustamente, de Giovanni-Crisostomo Trombelli, *La diplomatica o sia l'arte di conoscere l'età de' codici latini e italiani* (Nápoles, 1780).

⁶ Cfr., L.BIELER, *Paleography and Spiritual Tradition*, en "Studies" 29 (1940) 269.

⁷ Recordemos también el *Evangelario de Lindisfarne*.

⁸ Un caso revelador es el del "misterioso"- así le llamó dom Jean Leclercq- san Romualdo, el fundador de los camaldulenses. Cuando tuvo su primera experiencia monástica, en San Apollinare *in Classe*, era analfabeto. Allí hubo de conocer oralmente la Regla de San Benito, que luego adoptó para su familia religiosa, a pesar de ser un tanto eremítico-cenobítica (si bien no llegando a una simbiosis tan exigida constantemente y tan perfecta en la tal mezcla cual la cartujana futura), y después, precisamente en Cataluña, en las soledades pirenaicas inmediatas a la Cuxá del abad Garín, ya leyó las *Vitae Patrum* y las *Conlationes* de Casiano, de huella decisiva en su vida; cfr., G.TABACCO, *Romualdo di Ravenna e gli inizi dell'eremitismo camaldolese*, en "L'eremitismo in Occidente nei secoli XI e XII" (Actas de la segunda semana de estudio de Mendola, 1962; "Miscellanea del Centro di Studi Medioevali", 4; Milán, 1965) 73-121.

⁹ *Vocabulaire du livre et de l'écriture au moyen âge. Actes de la table ronde; Paris, 24/26-9-1987* (ed.O.Weijers; CIVICIMA,Études sur le vocabulaire intellectuel du moyen âge, 2; 1989).

iniciada por los Santos Padres, y continuada después en los monasterios, en la era que ahora se llama de la teología monástica precisamente, pre-escolástica si queremos, a la vez que exegética también de los Santos Padres mismos. Ello era la materia de la *lectio divina*¹¹, lectura espiritual si aceptamos alguna simplificación. Y además estaban las exigencias de la liturgia, también libraria ésta, o sea la necesidad de libros litúrgicos¹², aunque su composición estuviera sobre todo integrada por aquellos mismos materiales escriturarios y patristicos. Libros ésos que no sólo contenían literatura, sino música¹³, no lo olvidemos. Nada extraño por lo tanto que los libros fueran comparados al pan espiritual sin más, tal en la inscripción del “armario” o biblioteca del monasterio de Cruas, junto al Ródano, también ubicado en la iglesia, y que leyeron Martène y Durand durante su *Voyage littéraire: Pastor ieiunat qui libros non coadunat/ nec panem praebet subiectis quem dare debet*. Viniendo aquí pintiparada la evocación del joven con un libro abierto pintado en las catacumbas de los Santos Pedro y Marcelino.

ENTRE EL CONSUMO Y LA PRODUCCIÓN

Necesitaban pues libros¹⁴ los monasterios¹⁵. Eran a la fuerza consumidores de los mismos¹⁶. Ellos hacían parte de su propia vida monástica¹⁷, en sí¹⁸, y no sólo inmediata-

¹⁰ Sin preterir su ilustración dicha, en un genuino maridaje plástico-literario, ella integrada en la propia esfera espiritual del texto y al servicio de los mismos valores y fines. Espléndidamente reforzada la literatura para los lectores. No tanto para los analfabetos que, eso sí, se beneficiaban mediatamente de los libros mucho más de lo que se ha creído y dicho, una consideración ésta que nos lleva a desechar la expresión tópica de haber sido la escultura y la pintura románicas y góticas la biblia de los mismos. Tengamos en cuenta que su densidad teológica y su simbolismo, a veces extraño éste, hasta iniciático, no estaban al alcance de cualquiera (cfr., *Le langage de l'image au moyen âge*, dir., F.Garnier; ed. Léopard d'Or, 1982; y R.PERNOUD, *Les couleurs au moyen âge*, Ginebra, 1987). En cambio nos parece haberse menoscabado ese otro alcance de la lectura, el llevado a cabo por personas interpuestas, incluso en las sociedades escasamente alfabetizadas; una exaltación de las ilustraciones es el tributo de R.PERNOUD y J.VIGNE, *La plume et le parchemin* (París, 1983); útil, L-N.VALENTINE, *Ornament in Medieval Manuscripts* (Londres, 1964); cfr., *The Arts of the Book in Central Asia. 14th-16th Centuries* (ed.B-G.Gray; Seriadia-Unesco, Londres; 1979), y *Icelandic sagas, eddas and art* (Pierpont Morgan Library, Nueva York, 1982).

¹¹ A PANTONI, *La "lectio divina" nei suoi rapporti con la Bibbia e la liturgia*, en “Vita Monastica” 14 (1960) 167-74.

¹² Habiéndose llegado a una ilustración *ad hoc* de sus fragmentos, incluso cuando no tenían una índole narrativa: F-G.BÜTTNER, “*Ad te, Domine, levavi animam meam*”. *Bildnisse in der Wortillustration zu "Psalm 24:1"*, en la “Miscellanea codicologica F.Masañ dicata” (ed.P.Cockshaw, M-C.Garand y P.Jodigne; Gante, 1979) 331-43; cfr., A. de LABORDE, *Les manuscrits à peintures de la Cité de Dieu de Saint Augustin* (París, 1909).

¹³ Cfr., M.HUGLO, *Codicologie et musicologie*, en el volumen citado en la nota anterior, 83-103.

¹⁴ B.RATHAUS, *Histoire des techniques du livre* (ed.Edern, 1970); *Archéologie du livre médiéval y Le livre au moyen âge* (C.N.R.S., 1987); *Schriftwesen in Mittelalter* (ed. Wattenbach, Leipzig, 1896).

¹⁵ Cfr., H.ESCOLAR, *Historia de cinco ciudades y un monasterio* [Albelda](Madrid, 1997). Es un recorrido histórico del libro sin más.

¹⁶ Para su adquisición, fuera del monasterio, ejemplos en Ph.DEPREUX, *Büchersuche und Büchertausch im Zeitalter der Karolingischen Renaissance am Beispiel des Briefwechsel des Lupus von Ferrières*, “Archiv für Kulturgeschichte” 76 (1994) 267-85; y M-R.FOSTER, *Thomas of Weston [priorato de la catedral de Durham]: A Monastic Book-Buyer at Oxford about 1300*, “Viator” 23 (1992) 189-99.

¹⁷ Como también de su apostolado, éste al menos latente, y aquí el manido capítulo de su papel en la preservación cultural durante los siglos de su protagonismo.

¹⁸ Tanto que, no deja de ser una de sus paradojas menores, que por otra parte, para la comunicación cotidiana, a veces retrocedieran a esa forma elemental del lenguaje que son los signos. Los especialistas en ése los citan junto

mente en la dimensión laboral- recordemos que había una *oratio in scriptorio*-. Aunque sea preciso reconocer que el trabajo ocupado por ellos era el quizás más adecuado de puertas adentro de la clausura¹⁹. No es una casualidad que en Marmoutier, el tempranísimo monasterio que san Martín fundó ya después de ser obispo de Tours, fuera la copia de códices por los jóvenes la única tarea admitida. Por otra parte, la autarquía de la economía monasterial, una aspiración en la que hay que ver un valor más allá de ella misma, enraizada en la propia vocación monástica y el aseguramiento de su existencia consagrada, no únicamente tenidas en cuenta las consideraciones materiales, habría de por sí exigido que los monjes fueran también productores de libros.

Y, antes de proseguir, enlazando estas consideraciones con las que hacíamos al empezar, reconozcamos sin discusión posible que esos monjes de que hemos dicho en principio adversarios de la dedicación intelectual, no lo han sido ni podido ser de la producción y tenencia de libros en sus monasterios²⁰. Siendo aquí decisiva una referencia a aquel monacato primitivo del desierto, nacido en los ambientes más humildes de la sociedad y movido por un ideal de rebeldía contra los mismos poderes que también monopolizaban la cultura oficial, convencional en definitiva, pero siendo mencionados los libros ya en la Regla de San Pacomio, y citándose la biblioteca del ermitaño Isidoro de Pensa. Ante ese estado de cosas, la acusación de incultura esgrimida por los detentadores de la misma, habría podido esperarse. Pero darla por buena ahora implica un desconocimiento de la genuina noción de la cultura misma. Dom Jean Gribomont observa²¹ a este propósito cómo “se puede comprender que los paganos confundieran la cultura con el helenismo, pero no que los eruditos tilden a los monjes de analfabetismo sólo porque pertenecían a la cultura copta o siríaca y no sabían el griego, pues Egipto y Siria tenían tradiciones de una antigüedad respetable que el helenismo había sofocado, pero que estaban esperando sólo el momento justo para recuperar su autonomía, de manera que si el cristianismo y el monacato empezaron floreciendo allí no fue por casualidad”. Y este benedictino belga, tan conocedor del mundo siríaco, sigue escribiendo, y ello vale para nosotros aquí, también cual la mejor introducción a Occidente: “Cuando la cultura pagana o las convenciones artificiales de las clases dirigentes ejercen un predominio intolerable, la cultura monástica se ve obligada a oponerse con fuerza, hasta incluso demasiado vigorosamente. Mas por

con el de los sordomudos y el de algunos indios de las praderas americanas; véase R.BARAKAT, *Cistercian Sign Language. A Study in Non-Verbal Communication* (“Cistercian Studies Series”, 11, Kalamazoo, 1975). La permanencia de su índole visual nos hace innecesario traer a colación los sustitutos acústicos, por ejemplo el de los esclavos africanos de lenguas distintas mediante el tam-tam o el tambor.

¹⁹ Un caso y un testimonio no monásticos- y tardíos- de la estimación social de esta tarea: K.STEJSKAL, *Le chanoine Benes, scribe et enlumineur du Passionnaire de l'abbesse Cunégonde*, en la “Miscellanea F.Lyna” (“Scriptorium”, 23; 1969) 52-68.

²⁰ J.LECLERCQ, *Livres et lectures dans les cloîtres du moyen âge*, en su recopilación “Aspects du monachisme hier et aujourd’hui” (Paris, 1968) 295-307.

²¹ *Cultura monastica en Oriente*, en el “Dizionario degli Istituti di Perfezione” 3 (1973) 332-4; contra esta tesis, llegando a ridiculizarla, A-J.FESTUGIÈRE, *Les moines d'Orient. I, Culture ou sainteté* (Paris, 1961); en definitiva es la postura de los renacentistas. Gribomont replica que no se deben confundir el efecto y la causa. En cuanto al anti-intelectualismo de Orígenes, escritor espiritual tan vuelto a la moda en Palestina en el siglo VI, o el anti-mesalianismo, no tienen esa trascendencia, sino que hay que equipararlos a esas corrientes occidentales de que hemos dicho, hasta cierto punto contra los estudios monásticos, más bien contra la dedicación intelectual de los monjes, pero nada más. Un ejemplo el de Orígenes que no puede resultarnos más pintiparado para tomar conciencia de las limitaciones de esa postura, en cuanto su biblioteca en Cesarea de Palestina fue una de las más ricas del mundo antiguo, habiéndose llegado a ver en la misma un paralelo con la de Alejandría en el mundo helenístico.

otra parte, cuando la cultura profana está amenazada y ya no representa un peligro, la cultura monástica²² tiende a asimilárselas, cual un medio de formación humana y cristiana, teniendo entonces lugar la consecuencia de que no sólo salva los elementos de ella misma, sino que la transmite una vitalidad positiva y creadora”. Así en este mundo del libro medieval que vamos a ver.

En fin, se ha insistido mucho en el silencio de la Regla de San Benito sobre los libros, y sobre los escritorios que en los monasterios benedictinos luego con tanta generosidad los confeccionaron. Mas, ¿no sería por sobreentenderse de tan socorrida la parcela, por otra parte inmersa en todo el resto de su regulación concordante? Fijémonos en que san Benito lo que hace es dar expresión magistral a la tradición monástica precedente, desde una concepción cenobítica y media del monacato, eso sí. Y por eso, para llegar a una justa estimación de ese su silencio, hemos de recordar la tremenda tradición libraria que los monasterios llevaban consigo ya desde los orígenes, según hemos dicho del propio Egipto. Que ahí estuvieron las dos bibliotecas monásticas que tuvo san Jerónimo, una en Roma y otra en Belén y la que san Agustín legó a su diócesis de Hipona²³. Como tampoco es una casualidad que, coetáneamente, Casiodoro (490-583) poseyera y diera literariamente a conocer- en *De institutione divinarum litterarum* y también en *De ortographia*- la biblioteca y el escritorio de su monasterio calabrés de Vivarium²⁴. En cuanto al monacato bizantino, ¿no han llegado a ser todavía los tesoros milenariamente preservados de sus bibliotecas- Athos, el Sinaí, Studio- uno de los atractivos de ciertos libros de viaje de los dos últimos siglos? Acordémonos de la presencia esplendente del *Códice Sináítico* en el British Museum.

EL ALIMENTO DE LA CODICOLOGÍA

Por esto mismo precisamente hemos de principiar confesando alguna perplejidad en el planteamiento concreto del tema, ni más ni menos que por el sencillo motivo de que, en la Edad Media, la confección de libros en los monasterios, la posesión por éstos de sus talleres, que eran los escritorios, resultaba tan común, que su historia viene a ser la historia monástica pura y simple. De ahí la ineludible consecuencia de la moderación que se nos impone en su abordaje. Y no debemos olvidar la puesta en guardia de Léon Gilissen²⁵, de que “si bien las líneas de fuerza del proceso de fabricación de los códices son las mismas, cada taller, acaso cada artesano, poseían una manera particular y a veces personal del todo de llevar a cabo ciertos extremos de detalle. Pues la riqueza del objeto artesanal precisamente se debe en parte a las múltiples maneras como es posible se haya elaborado”.

²² Dom Jean Leclercq se pregunta, para el Occidente medieval, sobre todo del siglo VIII al XII, si existió o no una cultura monástica específica. Y se responde afirmativamente, tomando partido por su unidad, habiendo sido meramente accidentales sus variantes. Ahora bien, reconoce que hasta el siglo XII, esa cultura monástica influye mucho en las otras dos, la clerical de las escuelas y la humanística, hasta difuminarse sus notas distintivas; *Les études dans les monastères du Xe au XIIIe siècle*, en “Los monjes y los estudios” (Poblet, 1963) 105-17; significativos y todavía valiosos los datos aportados por J-E.SANDYS, *A History of Classical Scholarship*, 1 (Cambridge, 1903). Recordemos la obra maestra de dom Leclercq mismo, *L'amour des lettres et le désir de Dieu. Introduction aux auteurs monastiques du moyen âge* (París, 1958).

²³ Destruída luego por los vándalos.

²⁴ Cerca de Squillace.

²⁵ *Prolegomènes a la codicologie. Recherches sur la construction des cahiers et la mise en page des manuscrits médiévaux* (Gante, 1977).

Pero hay más. Y es que esa es en la práctica consustancialidad del monacato y la producción libraria, no sólo tiene lugar en la dimensión que podríamos llamar horizontal, material y geográfica para entendernos, sino en otra a la que nos parece la imagen de la verticalidad puede convenir mejor. En concreto, los movimientos de su evolución histórica, las corrientes ideológicas y espirituales de su devenir, han ido siempre asociadas a correlativas manifestaciones codicológicas. Ahora bien, se nos podría objetar que exageramos o nos desviamos al emplear este último calificativo, que en concreto los tales paralelos no serían librarios, sino literarios meramente. Pero en aquellos tiempos del libro costoso, raro y de lenta elaboración, la decisión de escribir, la escritura en sí, estaba ligada a la elaboración material de lo escrito en una medida que desde los tiempos de la imprenta y máxime ahora en los de la informática, nos resulta difícil entender. Si actualmente un hombre político escinde su partido, siendo natural que al así hacerlo escriba algo abogando por su causa un tanto nueva, sería ridículo que nos preguntáramos si había utilizado directamente el ordenador o estaba anclado arcaicamente en la máquina de escribir. Pero *ab initio vero non fuit sic*.

Tengamos en cuenta que entonces cada ejemplar de una obra era distinto de los demás, hasta cierto punto de por sí una obra independiente²⁶ en algún sentido, y de ahí su valor, éste a la vez consecuencia y causa de su elaboración artesanal selecta²⁷. Por eso se ha señalado²⁸ la índole de piezas de archivo, más que de biblioteca, de los códices, una con-

²⁶ Una índole esencialmente no fungible que comenzaba por aparecer en su misma manuscritura, ésta nunca igual entre dos manos (cfr., a ese propósito, la noticia y el comentario del descubrimiento del autor de una novela críptica, escrita a mano, con indiscreciones en torno a la Casa Blanca, en el "International Herald Tribune", reproducida en "El País", 19-7-1996).

²⁷ Una valoración que a veces se recordaba en los colofones, exhortando a su buen trato, como en el del manuscrito de la Nacional de París, *lat.12296: Amice qui legis, retro digitis teneas, ne subito litteras deleas, quia ille homo qui nescit scribere nullum se putat habere laborem, quia sicut navigantibus dulcis est portus, ita scriptori novissimus versus calamus. Tribus digitis continetur, totum corpus laborat. Deo gratias. Ego, in Dei nomine, Varembertus scripsi. Deo gratias. Amen*. No falta el anatema contra los ladrones o destructores: *Hic est liber Sancti Albani quem qui ei abstulerit aut titulum deleverit anathema sit. Amen*.

²⁸ A.HOSTE, en "Aureavallis. Mélanges historiques réunis à l'occasion du neuvième centenaire de l'abbaye d'Orval" (Lieja, s.a.) 133-9 (interesa todo este apartado de la miscelánea, desde la p. 73); coincidentes J-D.GHELLINCK, en la "Miscellanea F.Ehrle" ("Studi e Testi", 41, Vaticano, 1954) 331-63 y en la "Nouvelle Revue Théologique" 65 (1938) 36-55, y R-L.PLANCKE, en "De Gulden Passer" 26 (1948) 237-52. Otro tema abordado ahí es el de la formación de las bibliotecas (cfr., A.VERNET, *La bibliothèque de l'abbaye de Clairvaux du XIIe au XVIIIe siècle. I, Catalogues et répertoires*; CNRS, "Documents, études et répertoires publiés par l'Institut de Recherche et d'Histoire des Textes"; París, 1979), casi siempre con un fuerte componente fáctico, en aras de la casualidad de las donaciones (cfr., G.DESPY, *Donations de manuscrits au moyen âge*, en "Archives, bibliothèques et musées de Belgique", 29, 1958, 16-20) entre vivos o por causa de muerte, rarísima vez integralmente obedientes a un designio premeditado según los intereses intelectuales y espirituales del poseedor (en una facultad privada reciente me lo ponderaban como excepción, haciéndome ver con razón su valor muy superior al del número de los volúmenes acopiados; cfr., R.GONZÁLEZ RUIZ, *Hombres y libros de Toledo*; "Monumenta Ecclesiae Toletanae Historica", series 5, studia 1; Madrid, 1997). Sin embargo, posteriormente, la presencia de los libros en el seno de cada comunidad, determinaba su influencia en la misma, con lo cual lo fáctico inicial alcanzaba una relevancia de fondo (cfr., C.CSAPODI, *Le catalogue de Pannonhalma, reflet de la vie intellectuelle des bénédictins du Xie siècle en Hongrie*, en el citado homenaje a Lyna, 165-73; cfr., B.BISCHOFF, *Hadoards and the Manuscripts of Classical Authors from Corbie*, en "Didascalie. Studies in Honor of Anselm M.Albareda, Prefect of the Vatican Library Presented by a Group of American Scholars"; ed.S.Prete; Nueva York, 1961; 39-58). Entre los estudios monográficos citaremos algunos ejemplos: A-M.ALBAREDA, *Manuscrits de la biblioteca de Montserrat*, "Analecta Montserratensia" 1 (1917) 3-99; R.BEER, *Die Handschriften des Klosters Santa Maria de Ripoll* (Viena, 1907-8; en catalán: Barcelona, 1920); L.DELISLE, *Recherches sur l'ancienne bibliothèque de Corbie*, "Le cabinet des manuscrits de la Bibliothèque

sideración, a la busca de la *Bibliotheksheimat* o *Schriftsheimat*, que han debido tener en cuenta²⁹ los catalogadores de las bibliotecas anteriores a la imprenta, aunque pocas veces lo hayan hecho³⁰. Habiendo también de ponderarse la penosidad del esfuerzo que con la llegada del libro a cogüelmo se consumaba³¹. Ello se traducía a veces en el desahogo que en algunas ocasiones contenían los colofones³², ora estimatorios del trabajo manual llevado a cabo- *tres digiti scribunt, totum corpusque laborat*-, ora personalmente dirigidos a conmovir al lector que de las tales fatigas iba a beneficiarse-*labor scribentis refectio est legentis; hic deficit corpore, ille proficit mente*. No faltaban quienes se quejaban de no haber podido disfrutar indirectamente siquiera de los tesoros que alumbraban por no saber latín-*nimis scribendo, nihil prorsus, vahe mihi, intelligendo*. La metáfora de la arribada de la nave al puerto era socorrida- *quam suavis est navigantibus portum extremum, ita est scriptori novissimus versus*³³. En la segunda mitad del siglo VIII, Cuthberto, abad de Wearmouth y de Jarrow, se excusaba a un coresponsal de no poderle mandar todas las obras de Beda porque el frío había paralizado las manos del copista³⁴, y cuatro centurias más tarde había de dar la misma justificación Orderico Vital: *nunc hyemali frigore rigens, aliis occupationibus vocabo, praesentemque libellum hic terminare fatigatus decerno. Redeunte vero placidi veris sereno...* Uno de Ramsay era más preciso: *in vento minime pluvia nive sole sedere possumus in claustro nec scribere neque studere*.

Por supuesto que no vamos a llegar a confundir este capítulo de la historia monástica con la codicología. Pero sí hemos de subrayar cuánto ha redundado en su beneficio la independización de ésta de la paleografía³⁵, el conocimiento de todo el libro y no sólo de las letras que lo componen³⁶, un puerto de arribada que por cierto venía anunciado en el longínquo título del libro dado a los tórculos en 1681 por el bueno de dom Mabillon, aun-

Nationale" 2 (1974) 104-41; W.MUIR WITEHILL y J.PÉREZ DE URBEL, *Los manuscritos del Real monasterio de santo Domingo de Silos*, "Boletín de la Real Academia de la Historia" 95 (1929) 521-601; G.GARCÍA MUÑOZ, *La biblioteca del monasterio de San Benito el Real de Sahagún* (Moratalla, 1920); J.LECLERCQ, *Recherches sur les manuscrits cisterciens d'Espagne*, "Analecta Sacri Ordinis Cisterciensis" 3 (1948); G.BRUGNOLI, *La biblioteca dell'abbazia di Farfa*, "Benedictina" 5 (1951) 3-17.

²⁹ Así actuó el paleógrafo de Leyden, G-I.Lieftinck, para Ter Duinen y Ter Doest: catálogos publicados en *Mededelingen van de Koninkl.VI.Akad voor Wet, Lett en Schone Kunsten van België, Klasse der Letteren* 15 (1953, 2).

³⁰ Ni siquiera dom Wilmart para Clairvaux, ni Paul Lehmann para Amorbach.

³¹ Se ha opinado que los copistas, durante toda la Alta Edad Media, trabajaban sobre una tablilla apoyada en sus rodillas (A.MILLARES CARLO, *Introducción a la historia del libro y las bibliotecas*; Méjico, 1970; p.56). Pero la imagen del atril es común; así, por ejemplo, aparece en una miniatura del Beato de Tábara (Archivo Histórico Nacional, 1240), hacia el año 970, con los dos monjes copistas, Emeterius y Senior trabajando sobre él, mientras que al lado, en otro cuarto, un tercero está preparando los cuadernillos con unas tijeras.

³² A menudo sólo daban el nombre del copista y la fecha, y fórmulas simples en verso o prosa, como *finito libro, sit laus et gloria Christo*. Dom Montfaucon recogió bastantes en su *Palaeographia Graeca* (París, 1739) 39. Véase, de los BENEDICTINOS DE BOUVERET, *Colophons des manuscrits occidentaux des origines au XVIe siècle* ("Spicilegium Friburgensis subsidia", 1-7; Friburgo, 1965-82), que sepamos aparecidos seis tomos.

³³ De Florencio de Valeria o Valeranicense (=San Pedro de Berlangas, cerca de Tordemar, y de Lerma), el año 945 (A.MILLARES CARLO, *Un códice notable de los libros morales de san Gregorio Magno sobre Job*, en "Estudios paleográficos"; Madrid, 1918; 27-65).

³⁴ *Monumenta Maguntina* (ed. Jaffé, Berlín, 1866; en la "Bibliotheca Rerum Germanicarum", 3, 301).

³⁵ Sobre la influencia del monasterio de Leubus y otros cistercienses del país en la paleografía y la ortografía del mismo, hay trabajos en polaco de K.JÁZDZEWSKI, en los "Studia Zródloznawcze. Commentationes" 23 (1978) 39-52, 21 (1976) 19-44 y 25 (1980).

³⁶ F.MASAI, *Paléographie et Codicologie*, en "Scriptorium" 4 (1950) 279-93.

que a decir verdad su contenido fuera más bien el manifiesto que dio carta de naturaleza a la propia paleografía y a la diplomática de sus palabras iniciales, a saber *De re diplomatica libri sex in quibus quidquid ad veterum instrumentorum antiquitatem, materiam, scripturam et stylum, quidquid ad sigilla, monogramata, suscriptiones ac notas chronologicas, quidquid inde ad antiquariam historiam forensemque disciplinam pertinet*. La complacencia en el libro se extiende naturalmente a la biblioteca. Así, podemos recordar la alabanza a Carlomagno por la palatina³⁷: *quis saltem poterit seriem enumerare librorum quos tua de multis copulat sententia terris?*

Ahora ben, la complejidad de un libro medieval, forzosamente manuscrito y en pergamino, salta a la vista. Parece ser que la sola encuadernación de un libro ahora requiere treinta y seis operaciones. También entonces la encuadernación era una de las fases de aquella producción libraria. Y notemos que las características materiales de cada trabajo de los monjes venían asociadas a su propia existencia vocacional, más o menos íntimamente pero siempre. Por ejemplo, ciertas técnicas modernas han contribuido a un mejor vivir el elemento eremítico de la vida cartujana, al permitir hacer individualmente a los hijos de san Bruno ciertas tareas que antes habían de llevarse a cabo en compañía.

Una complacencia en la obra bien hecha desde luego la del copista³⁸ que ponía el colorido a un códice. Con la posibilidad de haber esponjado también la sensibilidad estética y ello no del todo al margen de su trabajo intrínseco³⁹. Por supuesto que lo tal posible en cualesquiera menesteres, sin excluir los más humildes de los hermanos legos menos especializados. Pero no olvidemos que, por su materia misma, en conexión indisoluble con su contenido, la elaboración de libros venía particularmente ligada a la vocación claustral, y más allá todavía, a la misma fe cristiana inspiradora no sólo de ella sino de sus propios sentido de la vida y visión del mundo. Religión de libro otra vez. ¿No hay musulmanes a quienes produce horror y tienen vedado destruir cualquier papel escrito?

Pasando a la cronología, podemos asegurar el abrumador predominio monástico en la producción de libros hasta el siglo XII⁴⁰, cuando sobre todo el nacimiento de las universidades determinó una demanda mucho mayor y hubieron de surgir muchos más talleres *ad hoc* fuera de los monasterios. O sea coincidiendo con la pérdida del protagonismo de los monjes hasta en la misma vida consagrada, a su vez una de las consecuencias del tránsito de la Alta a la Baja Edad Media.

Y hemos de reparar desde ahora en una impronta decisiva de la vocación monástica concreta, no ya de la genérica, en este trabajo monacal, a saber que los cartujos, cuya vida

³⁷ Karl der Grosse. *Lebenswerk und Nachleben*. 2, *Das geistige Leben* (ed. B. Bischoff; Düsseldorf, 1965) 42-62.

³⁸ Podemos citar a este propósito un testimonio del siglo XX, tanto más raro por eso, el de un calígrafo del Almirantazgo Británico, Alfred Fairbank (nacido en 1895), *What makes a Good Style?*, en "Calligraphy and Palaeography. Essays presented to Alfred Fairbank (ed. A-S. Osley; Londres, 1965) 275-6 (antes en "The Bulletin and Journal of the Society for Italic Handwriting").

³⁹ P.SPUNAR, *L'esthétique et l'écriture*, en las "Actas del VIII Coloquio del Comité Internacional de Paleografía Latina. Madrid-Toledo, 29 de septiembre a 1 de octubre de 19872 ("Joyas bibliográficas", Estudios y Ensayos, 6; Madrid, 1990) 211-27; cfr., M-R.LAPIERE, *Art et codicologie. Les signatures astronomiques des cahiers du ms. B.R. 10260-3 de l'abbaye liégeoise de Saint Laurent*, en "Quaerenda", 4/4 (1974), y MASSIN, *La lettre et l'image. La figuration dans l'alphabet latin du huitième siècle à nos jours* (Paris, 1970).

⁴⁰ Un curioso paralelo. De la teología escolástica, que entonces sucedió a la llamada monástica, se ha dicho ser utilitaria, a la búsqueda de un ensanchamiento intelectual de alguna verdad nueva, frente a la indole contemplativa, desinteresada, de la primera. Pues bien, a la vez se ha señalado una decadencia coetánea de la caligrafía, por la necesidad de escribir deprisa, tomando apuntes al dictado; BATTENET y LE MOINE, *Supplément à la Diplomatique de M.Le Moine* (Paris, 1772).

es una simbiosis, casi exclusiva en Occidente, de eremitismo y cenobitismo, y los cistercienses, éstos unos benedictinos, los llamados blancos, que dieron al retiro un predicamento más vigoroso que el que hasta entonces venía teniendo en la práctica de la norma casinense, copiaban los libros en sus celdas. En tanto que los benedictinos negros de San Gall habían instalado el escritorio colectivo junto a la iglesia, y los de Saint-Martin de Tournai el suyo, muy fecundo, no lejos del claustro⁴¹.

Pero antes de proseguir por estos caminos medievales, volvamos un momento la mirada a quienes los evocaron estudiosamente, lo que ya hubimos de hacer arriba al citar al príncipe de la erudición benedictina, dom Jean Mabillon, quien “sin duda ninguna hizo salir la crítica de los documentos del empirismo”⁴². Una evidencia más de esa doble presencia monástica: en el ámbito medievalístico argumentalmente primero, cual materia de estudio eruditamente después, a guisa de aportación estudiosa a la misma predecesora.

Y bien, decíamos de los desposorios ineludibles de vida monástica y elaboración de libros, mas no exageremos sentando una pretensión de exclusividad, pues en definitiva hemos de verlos cual una vigorización de un fenómeno más genérico, a fin de cuentas el de la vinculación sin más entre la literatura y la vida. Algo que tuvo la intuición de convertir en el norte de su carrera erudita el primero de los grandes paleógrafos de la escuela de Munich, Ludwig Traube, al sentar que siendo la escritura una actividad esencialmente humana no podía encerrarse en esquemas abstractos⁴³, habiendo por el contrario de ser vista su evolución natural y lógica acorde a esa variable que es el hombre⁴⁴. Y el monje, claro está. Traube revolucionó histórica y cronológicamente la teoría de las abreviaturas, elevándolas a la categoría de testimonios reveladores de fenómenos culturales trascendentes. Y fueron precisamente ciertas abreviaturas las que le llevaron a independizar la escritura insular de la cursiva antigua, al editar precisamente la Regla de San Benito⁴⁵. No una casualidad, ni mucho menos. Y un discípulo suyo, a través de una generación intermedia⁴⁶, Bernhard Bischoff, recientemente desaparecido, a una edad avanzada pero no inerte, inmerso sobre todo en los códices de la Alta Edad Media, o sea los del período monástico⁴⁷, se ha dedicado mucho a la historia de las bibliotecas medievales⁴⁸. Mas con todo

⁴¹ J.LEMAIRE, *Introduction a la codicologie* (Louvain-la-Neuve, 1989) 151; J.STIENNON (con G.Hasenor), *Paléographie du moyen âge* (Paris, 1973) 140 (de Stiennon interesa el fascículo dedicado a la escritura en el Repertorio de las fuentes medievales occidentales de la Universidad de Lovaina, editado por Brepols, en el cual defiende un concepto integral e independiente de la misma paleografía).

⁴² Véase A. GIRY, *Manuel de diplomatique* (Paris, 1894) 64, (a propósito del extenso libro del jesuita Barthélemy Germon, *De veteribus regum francorum diplomatibus et arte secernendi antiqua diplomata vera a falsis disceptatio*; 3 tomos, Paris, 1703-7), y 67 (sobre el *Nouveau traité de diplomatique*, de otros dos benedictinos de Saint-Germain-des-Prés, René-Prosper Toustain y Charles Tassin; 6 tomos; Paris, 1750-65).

⁴³ *Vorlesungen und Abhandlungen* (ed.F.Boll y P.Lehmann; Munich, 1909-20).

⁴⁴ Aunque la traída a colación pueda parecer superficial, ¿no nos recuerda un tanto esta postura esa índole animada de las polémicas a que antes aludíamos? De ahí que hayan llegado a ser materia novelística en nuestro siglo, concretamente se han relacionado las discusiones entre dos personajes de Anatole France, el abate Lantaigne y el señor Bergeret, con el libro del jesuita Jean-Philippe Lallemand, *Histoire des contestations sur la diplomatique, avec l'analyse de cet ouvrage composé par le R.P.dom Jean Mabillon* (en doceavo; Paris, 1708).

⁴⁵ *Textgeschichte der “Regula Sancti Benedicti”*, “Abhandlungen der R.Bayer.Akademie der Wissenschaften” 21 (1898) 599-731.

⁴⁶ La de Paul Lehmann: *Erforschung des Mittelalters. Ausgewählte Abhandlungen und Aufsätze* (5 tomos; Stuttgart, 1959-62).

⁴⁷ Con J.Hofmann editó los *Libri Sancti Kyliani. Die Würzburger Schreibschule und die Dombibliothek im VIII. und IX.Jahrhundert* (“Quellen und Forschungen zur Geschichte des Bistums und Hochstifts Würzburg”;

esto, acaso nos hayamos excedido al intentar una justificación argumental, derivada ni más ni menos que del predominio monástico en la codicología altomedieval.

ADEMÁS DEL TEXTO

Se ha dicho de la liturgia que en ella se dan cita todas las bellas artes, plásticas y acústicas, todas las letras, los géneros todos de la literatura incluidos, también. Con las limitaciones que saltan a la vista, igualmente podríamos aseverar de los libros ser una encrucijada⁴⁹ de esos ámbitos, dispares⁵⁰ aunque emparentados, de la creatividad y la belleza⁵¹. Unos desposorios con la pintura⁵², para cuya valoración es decisivo el detalle de que todo un capítulo extenso suyo es nada más que el de su puesta al servicio de las letras aisladas⁵³, ni más ni menos que de los caracteres materiales del alfabeto.

En este ámbito, la consideración del legado occidental ha de tener muy en cuenta el sustrato bizantino⁵⁴, consistente en una síntesis majestuosa de lo clásico y lo oriental⁵⁵, el

ed.Th.Kramer, 6; Würzburgo, 1952), incluyendo su estudio *Die Würzburger Schreibschule des 8. und 9. Jahrhunderts*. Véase Ch.SAMARAN, *Le Comité International de Paléographie Latine. Réalisations et projets*, en el "Journal des savants" (1962, 1) 75-94.

⁴⁸ Con otro discípulo de Traube de la generación anterior, Löw o Loew, después de la Gran Guerra Elías Avery Lowe: *Codices latini antiquiores. A Palaeographical Guide to Latin Manuscripts Prior to the Ninth Century* (10 tomos en folio; Oxford, 1934-62).

⁴⁹ Cfr., *Islamic Painting and the Arts of the Book* (ed.B-W.Robinson; The Keir Collection, Londres, 1976).

⁵⁰ Y a su vez con manifestaciones en todas las culturas escritas. Para el mundo bizantino se pueden consultar, por ejemplo: K.WEITZMANN, *Byzantine Book Illustration and Ivories* (Londres, 1980) (cfr., del mismo: *Late Antique and Early Christian Book Illumination*; Londres, 1977); él mismo, C.LOERKE, E.KITZINGER y H.BUCHTHAL, *The Place of Book Illumination in Byzantine Art* (Princeton, 1975), muy interesante para darse cuenta de su evolución, en la espiritualización del hieratismo, el planteamiento de los temas a investigar, y la insistencia en su parentesco con la "divina liturgia", o sea su rito oriental, así como su influencia en el arte de los demás ritos de Oriente, a fin de cuentas todos ellos emparentados entre sí merced a la raíz siro-antioquena (cfr., H.BUCHTHAL, *The Painting of the Syrian Jacobite in its Relation to Byzantine and Islamic Art*, "Syria", 20, 1939, 136-50; y M.LAURENT, *Art rhénan, art mosan et art byzantin. La Bible de Stavelot*, en "Byzantion", 1931, 75-95). Para el cotejo de la imprenta monástica en su ámbito y el occidental, D.SAVRAMIS, *Zur Soziologie des byzantinischen Mönchtums* (Leiden, 1962).

⁵¹ Ésta vehículo también del conocimiento sin más; cfr., L.MAC KINNEY y T.HERNDON, *Medical Illustrations in Mediaeval Manuscripts* (Wellcome Historical Medical Library; 1965).

⁵² A guisa de muestras citaremos los estudios más o menos particulares siguientes: A.LABITTE, *Les manuscrits et l'art de les orner* (Paris, 1893); J.HARTHAN, *The History of the Illustrated Book. The Western Tradition* (Londres, 1981); J.STIENNON, *Dans le monde du symbole et des concordances. La miniature mosane*, en "Les dossiers de l'archéologie", núm. 14 (1976, 1) 116-25; F.MASAI, *Miniature mosane ou miniature saxonne? A propos du Sacramentaire de Wibald de Stavelot*, en "Scriptorium" (1959) 22-6; M.KAUFMANN, *Romanesque Manuscripts, 1066-1190* ("Survey of Manuscripts Illuminated in the British Isles", 111; Londres, 1975); E-T.de WALD, *The Illustrations of the Utrecht Psalter* (Princeton, 1930), O.PÄCHT y Ch.DODWELL, *The St. Albans Psalter* (Londres, 1960); C.COURSEL, *Les miniatures du XIIe siècle à l'abbaye de Cîteaux d'après les manuscrits de la Bibliothèque de Dijon* (Dijon, 1925); Y.ZALUSKA, *L'enluminure et le scriptorium de Cîteaux au XIIe siècle* (Cîteaux, Studia et Documenta, 4, suplemento de "Collectanea Cisterciensia", 1987).

⁵³ K.LAMPRECHT, *Initialornamentik des 8. bis 13. Jahrhunderts* (Leipzig, 1882); J.GUTBROD, *Die Initiale in Handschriften des 8. bis 13. Jahrhunderts* (Stuttgart, 1965); J.PORCHER, *Aux origines de la lettre ornée médiévale*, en las "Mélanges Eugène Tisserant" 5 ("Studi e Testi", 235; Vaticano, 1964) 273-6 (subraya lo decisivo del impulso carolingio en el paso de la decorada a la historiada, muy a la vista ello en el Sacramentario de Drogon de Metz, aunque luego de ese interludio se da un retorno a la anterior inicial sintética).

⁵⁴ Cfr., O.POVOVA, *Russian Illuminated Manuscripts of the 11th to the Early 16th Centuries* (Aurora Art Publishers, Leningrado, 1984).

consabido hieratismo en las figuras, aunque no siempre con igual rigidez, y la alianza de la profusión del oro con la policromía. Mientras que a este lado, surgen pronto una escuela insular⁵⁶, angloirlandesa, aquí las dos islas unidas a diferencia de lo que ocurre en su historia monástica coetánea, caracterizada aquélla por la obsesión decorativa y en concreto los entrelazos y las espirales, y otra merovingio-visigótica, que prefiere los animales y las flores. Por su parte, el libro carolingio⁵⁷, como sus marfiles, supo llegar a una síntesis de lo bizantino y lo insular⁵⁸. En el siglo IX, hacia el año 830, se copia en Hautvillers el llamado Salterio de Utrecht, de cuyo “expresionismo medieval” se ha podido hablar, una variante del ilusionismo, encrucijada de un modelo bizantino, los “paisajes” romanos y la gesticulación levantina. Tres copias suyas que se sacaron en Inglaterra, en los siglos XI y XII, influyeron mucho en el estilo lineal anglosajón y en la manera de Winchester. Siendo de notar su preferencia por el argumento literal en la materia ornamental, a diferencia del estilo más punzante y de un simbolismo más parsimonioso del coetáneo Salterio de Stuttgart.

Los días otonianos son de mucha actividad en grandes escritorios monásticos⁵⁹, tales las dos abadías sajonas de Corvey y Hildesheim, Maguncia, San Gall, Lorsch, Tréveris, Fulda, Bamberg, Ratisbona, Echternach y Colonia, y también Reichenau, del que habrá que decir algo más, aunque podamos ya anticipar hay que tenerle más por un puesto avanzado que por un cuartel general⁶⁰. La manera predominante es la gravedad, con una insistencia en el hieratismo y el derroche en los colores. Hay también un desbordamiento en las tapas de los libros, los cuales se colocan en los altares y se llevan en procesión. El más suntuoso modelo imperial es el *Codex aureus Epternacensis*, diluvio de púrpura y oro, como el Evangelionario carolingio de Godescalco en su día. Para Otón II se hace el Apocalipsis de Bamberg (1007-1010), emparentado algo a los Beatos hispanos, llamado este

⁵⁵ Cfr., *L'Età dell'abate Desiderio. I, I manoscritti cassinesi del secolo XI. Catalogo della Mostra* (ed.S.Adacher y G.Orofino, Miscellanea Cassinese, 59; 1989); *La decorazione libraria* (Actas de la mesa redonda, Montecassino, 17 y 18 de mayo de 1987; ed.G.Cavallo, ibid., 60, 1989; interesa la aportación de C.Bertelli, *Montecassino, Bisancio, Roma. Considerazioni sparse*, 13-23).

⁵⁶ P.OCHSENBEIN, K.SCHMUCKI y A.von EUW, *Irische Buchkunst. Die irischen Handschriften der Stiftbibliothek St.Gallen und das Faksimile der "Book of Kells"* (Catálogo de la exposición en San Gall del 28 de noviembre de 1989 al 3 de noviembre de 1990).

⁵⁷ O.BERGGÖTZ, *Hrabanus Maurus und seine Bedeutung für das Bibliothekwesen der Karolingerzeit. Zugleich ein Beitrag zu Geschichte des Klosterbibliothek Fulda*, “Bibliothek und Wissenschaft” 27 (1994) 1-48. Nos permitimos citar una reciente novela, *El pequeño heredero*, de Gustavo Martín Garzo (Barcelona, 1997), en la que aparece la leyenda carolingia del anillo mágico del emperador (la cual también fue aprovechada literariamente por Italo Calvino). Es visto como un símbolo de la imaginación, sin la que no se puede comprender la riqueza inagotable de la vida. Y leer, como escribir, es también imaginar, en consecuencia “una forma de atención, tal vez la más alta, a una vida escondida que no deja de renovarse” y en la cual además tiene perfecta cabida lo prodigioso.

⁵⁸ Con Alcuino se inicia la tradición de las biblias completas. Es muy decisiva la llamada de Grandval, escrita en Tours, bajo el abad Adalhardo (834-843).

⁵⁹ Cfr., por ejemplo, el catálogo *Schreibkunst. Mittelalterliche Buchmalerei aus dem Kloster Seeon* (ed.J.Kirmeier, A.Schütz y E.Brockhoff; Veröffentlichungenzur Bayerischen Geschichte und Kultur, 28; Augsburg, 1994).

⁶⁰ Véase K.KOSHI, *Die Buchmalerei der Reichenau zwischen Ost und West: Ikonographie anhand von den Wandbildern der Wunder Christi in St.Georg zu Reichenau-Oberzell*, en “Testo e immagine nell'Alto Medioevo; Spoleto, 15-21 aprile 1993” (Semana de estudio 41, Spoleto, 19994) 2, 595-629.

reducto a influir mucho en la posteridad románica y gótica⁶¹ y hasta en las tapicería de Angers en el trecentos.

En todo caso hay que notar que al románico se va a llegar sin ruptura alguna, como en la citada escuela de Winchester⁶², con el obispo Etelwoldo, que volvió a fundar el monasterio de Ely: colores opacos, muy plegadas las ropas, cual si estuvieran húmedas; dibujos geométricos en la tradición del Salterio de Utrecht, por ejemplo en su Benediccionario, confeccionado del 971 al 984. Ya en la primera mitad del doscientos, 1119 al 1123, tenemos el *Albani Psalterius*, del escritorio de St.Albans, siendo su ilustrador, Mateo París⁶³, uno de los primeros ingleses de quien saemos el nombre, entregado a la influencia hierática que le llegaba de una doble procedencia, la de Utrecht y la otomaniana, en lo que se ha llamado el mundo claustrofóbico de la decoración miniada románica.

Y es muy necesario subrayar que en los monasterios también trabajaban a veces copistas seculares, dato a tener en cuenta a los efectos de algunas mayores posibilidades difusoras. Concretamente en Winchester los había que iban de monasterio en monasterio, llegando así a una cierta multiplicación de sus maneras propias.

En cuanto a la entraña de todo este arte, se ha notado la índole en continuo desarrollo del simbolismo medieval, hasta el extremo de haberse podido comparar⁶⁴ al cristal capaz de cristalizar en inagotables formaciones sucesivas, y tan omnipresente tal desarrollo que se extiende a los materiales empleados, diverso para cada uno, tal el marfil, la piedra preciosa y el oro. Otra de las notas a subrayar es la inserción de este arte del libro en el conjunto del arte coetáneo, concretamente muy emparentado a la arquitectura y a la orfebrería. De ahí también la unidad homogénea que se ha notado forman la encuadernación⁶⁵ y el manuscrito⁶⁶, pese a no estar tan ligada materialmente al libro ésa como las posteriores al uso de los pequeños hierros.

A propósito de la correlación, el paralelismo entre la producción de libros, su manera mejor, y la historia monástica, se ha notado una evolución a cual más ejemplificatoria de ello al estudiarse las letras ornamentadas de los escritorios de la diócesis de Lieja, que hacía parte de la provincia eclesiástica de Colonia⁶⁷, desde la sencillez correspondiente al ideal de pobreza de los monjes reformadores- Poppon, Ricrado de Saint-Vanne y Olberto-

⁶¹ Emile Mâle la señaló en Moissac.

⁶² La capital del reino de Wessex.

⁶³ S.LEWIS, *The Art of Matthew Paris in the "Cronica Maiora"* (California Studies in the History of Art, 21. Aldershot, 1987).

⁶⁴ P.METZ, *Das Goldene Evangelienbuch von Echternach im Germanischen National-Museum zu Nürnberg* (Munich, 1956) 31.

⁶⁵ Cfr., J.VEZIN, *Deux manuscrits de Würzburg et leur reliure (München, clm.22501; Würzburg, U.B. M.p.th.f.146)*, "Scire litteras. Forschungen und mittelalterlichen Geistesleben" (ed.S.Krämer y M.Bernhard; Bayerische Akademie d.Wiss., philos.hist.Klasse, Abhandlungen, n.s.99; Munich, 1988) 87-92, K.MUSZYNSKA, *La encuadernación del "Sacramentarium" de Tynec*, "Biuletyn Informacyjny Biblioteki Narodowej" 106-7 (1988) 28-30 (en polaco); G.FRANZ, *Ein prächtiges Kupferstichwerk aus der Echternacher Abteibibliothek und andere Bücherstiftungen des Abtes Petrus Richardo*, "Hémecht" 41 (1989) 413-37.

⁶⁶ Estudio citado en la nota anterior, p.75; en relación con ello para el códice en cuestión, A.BOECKLER, *Abendländische Miniaturen bis zum Ausgang der romanischen Zeit* (Berlín-Leipzig, 1930); cfr., P.E.SCHRAMM, *Die deutschen Kaiser und Könige in Bildern ihrer Zeit* (Leipzig-Berlín, 1928).

⁶⁷ M-R.LAPIÈRE, *La lettre ornée dans les manuscrits mosans d'origine bénédictine, XIe-XIIe siècles* (Bibliothèque de la Faculté de Philosophie et Lettres de l'Université de Liège, 229; Les Belles Lettres, París, 1981).

hasta la suntuosidad- oro, plata y colores- en la que se precipitó la riqueza del siglo XII⁶⁸, concretamente en los manuscritos de Wibaldo, mientras los centros urbanos en plena expansión permitían a los orfebres y miniadores vivir de su arte y trabajo. Y en el siglo XIII, cuando ya los monjes no protagonizan la vida religiosa y hemos llegado a la modernidad anticipada que será la plenitud del bajo medievo, mientras en los códices de otras procedencias los adornos de las letras invaden ostentosamente toda la página, los manuscritos monásticos apenas se decoran, confeccionados nada más que para el estricto uso librario ante todo⁶⁹.

En cuanto a Reichenau, una conferencia dada el año 1963 en Warburg Institute, cuya publicación auspició el profesor Gombrich, y se desarrolló posteriormente en un libro en colaboración⁷⁰, al reducir a unos límites mucho menos amplios el acervo de su escritorio, nos muestra la necesidad apremiante de tener en cuenta todos los datos indiciarios antes de hacer cualquier atribución de un códice a un escritorio, y también la facilidad con que la aceptación de las opiniones preconcebidas permite que continúen circulando las mismas sin reparar en algo evidente que en un principio pasó inadvertido, pero resulta imposible lo haya venido siendo a los sucesivos tratadistas, por ejemplo la diferencia entre las modalidades del hábito benedictino que supuestos monjes copistas de Reichenau habrían llevado en la misma época.

Y no nos olvidemos de que también en este ámbito se nos da ese flujo y reflujo que hace ir y venir en un vaivén de geografías sugestivo y enriquecedor unas y otras corrientes y maneras, tanto en el fondo como en la forma, en la materia cual en la expresión, la devolución con intereses en definitiva de los préstamos y las donaciones, aunque no sean susceptibles de contabilizarse. Por ejemplo, un texto mariano de San Ildefonso⁷¹ copiado en el escritorio de Cluny, el llamado Códice de Parma, desposa el estilo italo-bizantino con una variante que el románico del propio país cluniacense había tomado en tierras germánicas⁷².

Llegados aquí, no nos será en modo alguno posible resumir la historia de la producción libraria monástica, pues casi equivaldría a hacer por lo menos la de toda la historia del monacato anterior a la imprenta sin más. Hemos de limitarnos a algunas calas demostrativas en el tiempo y en el espacio. No sin antes hacer notar cómo el entrecruzarse de estos caminos del espíritu en una andadura secular nos brinda en sus idas y venidas, la reiteración y el retroceso en su ámbito siempre fecundos, algunos altos insospechados sin

⁶⁸ Cfr., E-P.McLACHLAN, *The Scriptorium of Bury St.Edmunds in the Twelfth Century* (Nueva York-Londres, 1986).

⁶⁹ Cita como excepción tres manuscritos miniados, de influencia parisina, y muy parecidos entre sí, a pesar de ir destinados respectivamente a los benedictinos, los canónigos regulares y las beguinas; son las biblias de Saint-Jacques y de Val-des-Ecoliers y el salterio de Lamberto el Bègue; cfr., R.BRANNER, *Manuscript painting in Paris during the reign of Saint Louis. A study of styles* (University of California Press, Berkeley-Los Ángeles-Londres, 1977).

⁷⁰ C-R.DODWELL y D-H.TURNER, *Reichenau reconsidered. A Re-Assessment of the Place of Reichenau in Ottonian Art* (The Warburg Institute, University of London; Londres, 1965).

⁷¹ Su elaboración en relación con su contenido también manifestación del mismo fenómeno, en cuanto el texto patrístico de la España visigótica es copiado y magnificado al otro lado de los Pirineos para ser regalado al soberano hispano munificente de la Reconquista, Alfonso VI.

⁷² M.SCHAPIRO, *The Parma Ildefonsus. A Romanesque Illuminated Manuscript from Cluny and Related Works* ("Monographs of Archaeology and Fine arts sponsored by the Archaeological Institute of America and the College Art Association of America", 11: The College Art Association of America-The Art Bulletin; s.l., 1964).

puertas a la evocación, a veces la cotidianidad más entrañable de la mano del dato erudito. Y ahora estamos concretamente pensando en esa letra inglesa que hasta hace poco ha sido distintivo de la caligrafía femenina tipificadora de ciertos colegios para las muchachas en flor de las generaciones inmediatamente anteriores. Ahora bien, fueron los benedictinos los protagonistas de la importación a Inglaterra de la letra minúscula carolina, siendo el libro clave que determinó el predominio de su influencia la *Regula Benedicti* y su traducción por Ethelwoldo, poniéndose al servicio de la nueva manera personajes como Dunstan, abad de Glastonbury y metropolitano de Canterbury, y Oswaldo, el obispo de Worcester. Hasta que, después de la invasión escandinava, el jefe de los escribas del propio Canterbury la modificó en la que decíamos, *Englishness*, la letra inglesa sin más⁷³.

Y hagamos una alusión tangencial a esa otra actividad escrituraria de los monasterios que era la confección documental, desde los protocolos notariales *avant la lettre*, a la larga la materia prima de los cartularios, hasta genuinos establecimientos de cancillería. Que no constituyen libros, desde luego, pero que por coincidir con éstos en el vehículo de la letra no dejan de relacionarse⁷⁴ con nuestro argumento⁷⁵. Notemos que la cancillería imperial tuvo su sede en dos monasterios, Reichenau y Echternach⁷⁶.

Y, llegados aquí, únicamente nos queda la posibilidad de algún *excursus* ejemplificatorio, por delante del embarazo de la elección, ante lo cual nos parece ponderado optar por Francia, en cuanto su historia monástica es más antigua que la de los países germánicos, eslavos y escandinavos, y su situación geográfica además de otros factores estrictamente culturales y políticos, la hizo encrucijada de influencias, por una parte meridionales e incluso orientales y septentrionales insulares por otra.

En el país vecino se han distinguido tres épocas, la precarolingia, hasta el siglo VIII aproximadamente, la carolingia de los siglos IX y X (escuelas del Rin, de Tours, de Reims, de Corbie, franco-insular-Saint-Amand-, de Metz y del Loire) y la románica desde fines del X hasta fines del XII (por una parte, las escuelas del Norte: Saint-Amand, Saint-Bertin, Saint-Omer, Clairmarais, Saint-Vaast, Marchiennes, Anchin, Hénin-Liétard, Saint-André sur Bois, Corbie; de la Alta y la Baja Normandía; de la región de París; de Champaña: Reims y Laonnois; de Borgoña: Cîteaux y Clairvaux; de Lorena y Alsacia; por otra parte la Francia meridional: Provenza, el Languedoc y Rosellón; el Albigeois y el suroeste; y el Limusín⁷⁷. Una evolución tan trascendente que va desde la adquisición del código, en definitiva del libro propiamente dicho, sustituyendo al papiro enrollado, en el primer

⁷³ D-N.DUMVILLE, *English Caroline Script and Monastic History. Studies in Benedictinism, A.D. 950-1030* ("Studies in Anglo-Saxon History", 6; Woodbridge, 1993).

⁷⁴ J.STIENNON, *L'écriture diplomatique dans le diocèse de Liège du Xie au milieu du XIIIe siècle. Réflexions d'une civilisation* (Bibliothèque de la Faculté de Philosophie et Lettres de l'Université de Liège, París, 1960).

⁷⁵ La letra era distinta, sobre todo la de las escrituras llamadas "privadas", aunque no lo sean en nuestro sentido notarial de hoy, las no emanadas de cancelerías oficiales, ora eclesiásticas ora civiles. En ese sentido, se ha llamado la atención hacia el interés de los primeros documentos de Cluny, de una época en que esas escrituras son escasas, y cuyo cotejo con los libros conservados de su biblioteca reviste por ello mucho interés paleográfico, a los efectos de determinar las diferencias entre la escritura corriente y las otras; *Les plus anciens documents originaux de l'abbaye de Cluny* 1(ed. H.Atsma y J.Vezin, con S.Barret; Monumenta Palaeographica Medii Aevi, Series Gallica, 1, Turnhout, 1997) 11-12.

⁷⁶ F.GASPARRI, "Scriptores" et notaires dans les chartes de l'abbaye de Grandelve au XIIIe siècle, en el citado homenaje a Masai, 249-53. Recordemos que en la cultura china, la índole esotérica de la escritura se debía sobre todo a su uso en la documentación imperial.

⁷⁷ Una buena exposición en el libro de Gilberte Garrigou que luego citaremos por extenso.

período citado, con la consiguiente permisividad en la decoración sobre la página plana, hasta las grandes biblias del siglo XII, pero que no nos debe hacer olvidar los elementos comunes, concretamente la permanencia de las influencias helenística y romana (en el modelado de las figuras humanas, los pliegues de la ropa y los modelos de la arquitectura antigua), bizantina (en las actitudes hiéricas, la fastuosidad de la indumentaria y la profusión del oro), céltica (cincelado y bestiario) y artesanal (relaciones con el esmalte, los tapices, la labor de los metales). Un cotejo entre el evangelario de Morienvall, de fines del IX, quizás de Hautvillers, y un lujoso salterio pintado de 1200, acaso de Longpont, ha permitido ver cómo las redondeces de la elegante carolina uncial desembocan en la angulosidad pregótica, los colores suaves ceden el paso a las tonalidades suntuosas, y la fe toda serenidad se trueca en la dura inquietud de los tiempos de transición. Y vamos a tomar sendos botones de muestra del Norte y del Sur.

DE NORMANDÍA A MOISSAC

“La historia de las bibliotecas [¿benedictinas? monásticas en todo caso] de Normandía empieza antes de que se pueda hablar de Normandía misma”, ha escrito la archivera-paleógrafa Geneviève Nortier⁷⁸.

Aunque casi nada se sabe de las abadías merovingias, como Saint-Evroul, Jumièges, Saint-Wandrille o Fontenelle, la urbana Saint-Ouen, y Fécamp. Fontenelle es la única que nos ha dejado noticias preciosas por su rareza en sus inventarios parciales. Y a partir del IX, con su renacimiento intelectual y la fundación de escuelas, tales las del mismo Fontenelle y de Jumièges, aparte constarnos la cantidad de sus códices, sabemos de la magnificencia de los litúrgicos. Un tesoro que se perdió, dejándonos pocas huellas, en las invasiones viquingas, las que por cierto han acabado dando nombre al país. En el período siguiente, sólo mantiene su comunidad el Mont-Saint-Michel, habiendo algunas casas, como Saint-Evroul y Fécamp, ocupadas transitoriamente por canónigos. Jumièges y Saint-Ouen se restauran ya en el siglo X, y por supuesto sus bibliotecas.

Hasta que desde Fécamp, adonde llegó Guillermo de Volpiano, en el siglo XI se extiende la reforma cluniacense a Jumièges, Saint-Ouen, el Mont, y Saint-Evroul algo después, mientras surgen casas nuevas como Le Bec y Lyre. De la actividad intelectual, y en consecuencia libraria, de estos monasterios, baste citar los nombres, además de Guillermo en el citado Jumièges, de Lanfranco y san Anselmo en Bec, Orderico Vital y Thierry de Mathonville en Saint-Evroul, Roberto de Torigny en el mismo Bec y después en el Mont. Lanfranco y Anselmo, por su futuro esplendoroso al otro lado del Canal de la Mancha, nada menos que sucesivos ocupantes de la sede primada de Canterbury, nos anticipan una genuina entente cordiale, de una vigorosa repercusión codicológica, bastante determinante de las profundas influencias en el continente del propio Canterbury y de Winchester, y a la inversa también, tanto en la caligrafía como en la ornamentación. De Jumièges era abad Roberto Champart, obispo de Londres el año 1045.

En 1164, el obispo d Bayeux, Felipe de Harcourt, legó ciento cuarenta volúmenes a Bec, lo que duplicó esta biblioteca, influyendo decisivamente en las demás a través de la copia de sus manuscritos. En el siglo XIII se inicia la consabida decadencia de los monas-

⁷⁸ *Les bibliothèques médiévales des abbayes bénédictines de Normandie.* (Bibliothèque d'histoire et d'archéologie chrétiennes; Paris, 1971).

terios, aunque no falta alguna excepción, Jumièges concretamente, si bien las bibliotecas aumentan mucho, tales las de la misma Jumièges, Saint-Evroul y Lyre, ésta por un legado del obispo Lucas, de Lisieux. Otros donantes son los clérigos que profesan, como Alejandro, quien en 1171 dona veintidos códices a Jumièges, y Gautier Cloel por lo menos una decena.

Pero no es necesario repetir que ya no es la hora de los monjes, habiendo pasado su misión a testimoniar una tradición heredada, que desde luego sigue teniendo su papel en el medio. Aunque las bibliotecas se muestran esplendentes, el siglo XIV sólo puede ser de la inercia. Apenas hay donaciones, faltan monjes que quieran trabajar en el escritorio, sólo algunos libros se compran en París o en Rouen, y alguna se contrata a un copista asalariado, constándonos la cifra irrisoria de las partidas presupuestarias para este capítulo en 1338.

Contar los desastres de la guerra de los cien años no valdría la pena, aunque sí es de justicia consignar el esfuerzo por salvar de ellos los libros, tal los de Bec refugiados en Rouen. Después, cambiados los tiempos inexorablemente, las únicas luces que atisbemos serán esporádicas, como las encendidas por tres antiguos alumnos de la Facultad de Decretos de París, que de 1385 a 1415 se ocuparon de revitalizar las bibliotecas del Mont, Jumièges y Lyre, respectivamente Pedro Le Roy, Simón de Bosc y Esteban de Pré.

Todavía en el quinientos, ya el siglo de la imprenta y pasados los años de los incunables, se trabaja un poco en los escritorios de Saint-Evroul y Jumièges. En adelante, las malas nuevas serán las de la conservación, siempre la negligencia propia, por constante, más dañina que la agresión ajena, a fin de cuentas esporádica siempre por catastrófica que pueda ser, como la de los protestantes incendiarios en 1562. Y bien sabemos que al renacimiento maurista, el de los cuidados catálogos, sucedió la Revolución. Cuando ésta llegó, parece que el término medio de lo superviviente era la mitad de lo medieval. Después, más que la reiteración lacrimosa del naufragio, que al fin y al cabo las lacerias culturales de la exclaustración sí son conocidas, no tanto las sociales de la desamortización empobrecedora de los trabajadores de la tierra en aras del enriquecimiento burgués, nos anima la salida a flote de las bibliotecas de Fécamp y Jumièges, y también la del Mont.

Pasando al sur, ya desde el pontificado de Desiderio en Cahors (630-655) tenemos atestiguada la abadía de Moissac⁷⁹. Notemos una primera consecuencia de su situación, el sitio de Toulouse por los musulmanes el año 721 y su cabalgada por el suroeste luego de ser derrotados en Poitiers el 732. Luego fue el turno de los normandos, 850 y 864, y de los húngaros, antes de la llegada de los hispanos exiliados tras del saqueo de Barcelona por Almanzor. Pero ya en los días del emperador Luis el Piadoso, antes rey de Aquitania, era una casa próspera y ascendente.

Mas la hora le llegó con su afiliación a Cluny, interesada en la casa por su situación en el camino español, el año 1048, mediante la intervención de san Odilón en persona, convertida desde entonces en una encrucijada de las influencias de toda la Península Ibérica y de Oriente, con la modalidad en su caso de una fuerte impronta de la escultura en el libro. Fue decisivo el papel del abad Durando, de 1048 a 1072, fecha esta última de su muerte, obispo de Toulouse desde 1059 pero manteniendo el abadiato. Tejidos preciosos tomados a los moros el año 1064 en Barbastro llegan al monasterio, todo un síntoma. Tienen lugar

⁷⁹ J. DUFOUR, *La bibliothèque et le scriptorium de Moissac* (Centre de recherches d'histoire et de philologie de la IVe section de l'École pratique des Hautes Études, 5, Hautes Études Médiévales et Modernes 15; Droz, Ginebra-París, 1972).

sucesivamente anexiones de monasterios catalanes, además de intensas relaciones con el Ripoll del abad Oliva, y de 1095 a 1109 es arzobispo de Braga un monje de Moissac, Geraldo, llevado de chantre a Toledo por su primer arzobispo después de su reconquista, que era el cluniacense Bernardo. Naturalmente que hay una propaganda reconquistadora desde el claustro, el claustro en sentido espiritual, mientras en el material nos encontramos capiteles nada menos que con caracteres cúficos. Y también hay relaciones con Oriente, así un acuerdo el año 1088 entre el abad Anquetil y Sergio, el legado de Eutimios II, el patriarca griego del Santo Sepulcro de Jerusalén. Hacia 1130 Moissac era tenida por la segunda Cluny, y ello tenía un reflejo literal en la precedencia de los abades del imperio cluniacense. Pero desde 1135 hasta la secularización de la casa en 1625, al estancamiento siguió la decadencia, sin que nos interese detenernos en los detalles, como las repercusiones de la cruzada antialbigense y la peste negra, tampoco la inesperada página amable del renacimiento artístico del mismo cuatrocientos.

Y bien, en cuanto al paralelo librario, hasta mediados del siglo XI, aparte la mediocre calidad del pergamino empleado, es más significativo que no encontremos ningún elemento paleográfico propio en el escritorio, sino genéricas influencias visigóticas o sencillamente españolas en la forma de las letras y el tipo de las abreviaturas, con una decoración muy simple de iniciales pintadas o letras adornadas. Llegado el orto de ese apogeo de que hemos dicho, todavía en los abadiatos sucesivos de Durando y Hunaudo, de 1048 a 1085, aunque el escritorio es importante, se echa de ver una falta de unidad en el aspecto material de los códices, encrucijada de elementos nuevos y antiguos, tal en el reglaje, la presentación de los folios y la tímida sustitución de las firmas en cifras romanas o letras por los reclamos. La hora del escritorio sería la del abadiato de Anquetil, de 1085 a 1115, coincidiendo con la vigencia de las nuevas *consuetudines* de Udalrico de Cluny, ya la paleografía y la codicología misma con un sello tipificador en esos sentidos, intensísima en la decoración la influencia española y alguna oriental, mucha abundancia animalística, y también de las propias inscripciones coetáneas. Desde mediados del siglo XII la escritura tiende a la rigidez y la decoración se empobrece, juntada la competencia cisterciense a la merma cántara, hasta ceder en el siglo siguiente a la hora mendicante y universitaria de que ya sabemos.

Los avatares de la historia, superpuestos al flujo y el reflujo de las influencias que van y que vienen en el hilvanarse de las culturas, entre la urdimbre y los materiales propios y ajenos, tanto prestados como recibidos. Así hasta los umbrales de nuestro tiempo el mundo del libro, como hasta los de la plena modernidad el del manuscrito, que ha sido nuestro argumento aquí, y que desde luego las ejemplifica en una medida mucho más intensa que su sucesor impreso.

Don Miguel de Unamuno se refirió más de una vez a los que llamó franceses de Francia, contraponiéndolos a los anclados en el cosmopolitismo superficial de algunas gentes de París. Como franceses de Francia de veras habría visto el rector bilbaíno de Salamanca a los Amigos de la Biblioteca Municipal de Noyon, cuya presidenta, Gilberte Garrigou, nos acaba de ofrecer un libro hermoso y a cual más sugestivo, de veras el contenido y su “decoración” acorde a la promesa del título, *Naissance et splendeurs du manuscrit monastique du VIIe au XIIIe siècle*⁸⁰, un itinerario encantado a través de las letras, los colores, las

⁸⁰ Publicado por la misma Asociación. Un detalle es que el título ha sido elaborado en escritura carolina por Roger Druet, profesor de la Escuela de Artes Gráficas de París; cfr. la entrevista nostálgica al calígrafo Luis Moreno Martín, en el “Boletín de la Cámara de Comercio de Madrid” (octubre, 1996) 24.

columnas, los folios del pergamino, las reglas y los compases de los talleres claustrales del libro, una fiesta para el espíritu que podríamos definir el suyo. Y es inevitable nos dé que pensar Jean Glenison al escribir en el prólogo: “Estamos viviendo un momento singular de la historia del libro y de la lectura. La técnica contemporánea pronto va a permitir concentrar, en un solo disco, el contenido de todas las obras almacenadas en los depósitos de lo que a partir de entonces no será sino la reserva arqueológica del saber, del arte y de la fantasía de los hombres. Y ya se transmite, a través de los continentes, reproducido instantáneamente, el contenido de un libro entero. De manera que hoy podríamos contentarnos con un ejemplar único, con una tesis conservada en cualquier biblioteca universitaria, para satisfacer las necesidades de los investigadores del mundo entero. Por lo tanto es muy legítimo preguntarse por el porvenir del libro”. No hace mucho que una exposición en la Biblioteca Nacional de Madrid de autógrafos de escritores de los siglos XIX y XX⁸¹, bastante recientes algunos, se veía ya cual un tributo a un pasado sin sucesión en la materialidad⁸². Pero ni el futuro ni siquiera el presente pueden ser nuestro argumento en un trabajo historiográfico como éste, en la exclusiva dimensión del pasado.

El escritor islandés Háldor Laxness, testigo literalmente de su siglo, pues acaba de desaparecer habiendo nacido en 1902, en una de sus novelas, *Luz del mundo*⁸³, tiene por protagonista a un inválido, Olafur Karason, abandonado por sus padres y a cargo de su parroquia, pero henchido de la ilusión de poeta. Todavía en sus primeros años, se quedó con un libro que pudo coger por un azar de un baúl, aunque se le acabaron descubriendo y quitando, pero mientras tanto “aquel libro era su secreto, en realidad como una especie de consuelo; no importaba que no le entendiera. Estaba seguro de que era un buen libro. Y es hermoso tener un secreto, con tal que no sea algo feo. Entonces, uno tiene en qué pensar durante el día y en qué soñar de noche”.

No importaba que no le entendiera. Y bien, volviendo a nuestra Edad Media, eran pocos quienes entendían los libros. Pero, ¿no había bastantes, desde luego muchos más, a quienes no les importaba no entenderlos como a ese isleño tan desgraciado, por estar seguros de poder gustarlos mediatamente? Pues la biblia escrita, ¿no era también la de los analfabetos, en mayor medida que esa iconografía que su biblia exageradamente se ha llamado?

⁸¹ Un dato curioso: donde menos hubiera podido esperarse, en el lejano estado norteamericano de Oregón, en el monasterio benedictino de Mount Angel (fundación en la segunda mitad del ochocientos del suizo Engelberg, que traduce literalmente), hubo un monje copista, de 1908 a 1921, dom Anselm Weissenborn, elaborador de manuscritos litúrgicos y otros, en alguno de ellos tan medievalizante que adaptó a la vida monástica de sus días la vena satírica de sus predecesores medievales de cuando en vez, por ejemplo dibujando algún monje de su propia comunidad en la cervecería del lugar; véase J.McCRANK, *Mount Angel Abbey. A Centennial History of the Benedictine Community and its Library* (Wilmington, 1982).

⁸² Por cierto que, el vocabulario sucesor del medieval al que hemos aludido en la nota 9, ¿no resultaría cotejado con él alarmanamente sencillo? ¿O se podría en él ver la respuesta a otras complicaciones?

⁸³ Citamos por la traducción de José-Antonio Fernández Romero, en las “Novelas escogidas” (Madrid, Aguilar, Biblioteca Premios Nóbel, 1959).

